

Marsal, Juan, editor. *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Argentina. Instituto Torcuato Di Tella, 1970, 251 pp.

En América Latina, hasta donde tenemos información, desde 1938 se ha empezado a reflexionar de una manera sistemática sobre el intelectual y su papel en la sociedad. En 1938 la revista *Sur*, de Argentina, dedica un número monográfico sobre la misión de los intelectuales. Se reflexiona ahí en términos liberales y viendo al intelectual como un ser aparte de la sociedad. En ese número hablaban en esos términos Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Ramón Fernández, etcétera.

Las contradicciones, la explotación, la pobreza y las dictaduras feroces de América Latina, van a hacer que haya un cambio en la ideología aristocrática del intelectual latinoamericano. Antes de esa toma de conciencia, que se expresa en términos radicales en la Revolución Cubana, los intelectuales latinoamericanos eran idealistas. Juan Marsal escribe: "En todas partes encontramos, entre la intelectualidad latinoamericana, un difundido idealismo. Por idealismo entendemos la perspectiva intelectual que pone en primer plano, en la vida humana y social, el papel de las ideas sobre los aspectos económicos o materiales, y lo que es más aún, el idealismo ha sido uno de los pilares de una forma particular de nacionalismo latinoamericano llamado Arielismo." Es indudable que el idealismo filosófico es el que más tradición tuvo entre los intelectuales latinoamericanos de los treinta y cuarentas, como Antonio Caso, Samuel Ramos, José Vasconcelos, José Ingenieros. Estos intelectuales no se enfrentaron al problema del cambio social, de la barbarie y la dictadura en América Latina. Hoy, en esta etapa del siglo xx, en las sociedades subdesarrolladas de América Latina, los problemas de la política, del cambio social, de la dictadura, son cuestiones diarias que el intelectual no puede renunciar a plantearse, porque para el intelectual latinoamericano el problema fundamental es principalmente el del desarrollo y el de la política. Es ya un hecho que ese intelectual latinoamericano, que se interesaba únicamente por el arte y la contemplación en la tradición de Julián Benda, y que abandona la política, ha desaparecido en América Latina.

Con el desarrollo de las sociedades clasistas, con los males del subdesarrollo y de las dictaduras en América Latina, los intelectuales tuvieron que tomar partido, decir a quién iban a servir. Algunos se aliaron con las nacientes burguesías, otros con el proletariado.

Desde entonces, el intelectual puede intervenir de una manera radical en la lucha contra el imperialismo y a favor del cambio social por un desarrollo equilibrado, autónomo, en la lucha por la liberación nacional de sus pueblos. Y a partir de la Revolución Cubana, el intelectual empieza a jugar un nuevo rol en su sociedad. Y también a partir de ese momento, se empezó a reflexionar en términos sociológicos sobre los intelectuales.

En este libro se hace un balance, un análisis de las perspectivas del intelectual latinoamericano como fenómeno de investigación sociológica. En realidad, el libro es una colección de ensayos que fueron leídos en el simposio que organizó en julio de 1967, el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella.

De lo que se trata —nos dice Juan Marsal en el prólogo— es de recoger en este volumen el nivel actual en la teoría y la investigación de la sociología de los intelectuales, "una de las parcelas hasta ahora más abandonadas del vasto campo que se les ofrece a los estudiosos en ciencias sociales. Sobre todo la problemática del intelectual latinoamericano, que es un aspecto sobre el que la general distancia entre teoría e investigación, cobra caracteres alarmantes".

Es por eso de suma importancia el simposio que el Instituto Torcuato Di Tella organizó para analizar a los intelectuales.

En el libro hay múltiples puntos de vista que provocarán una saludable discusión sobre el tema. Por ejemplo, César Graña en su ensayo "La identidad cultural como invento intelectual", habla de la búsqueda de la identidad por parte del intelectual, la dificultad que se tiene para categorizar lo que es una cultura y el rol que deben ocupar los miembros de determinada cultura. Graña critica de una manera sofista, falsamente científica, algunos conceptos sobre la cultura mexicana que han dicho Samuel Ramos y Octavio Paz. Graña critica a Paz por las metáforas y los estereotipos que utiliza en *El laberinto de la soledad*. En todo caso, habrá que decir que muchas veces un libro de poesía y filosofía como el de Octavio Paz, dice más sobre una cultura o una estructura social, que cientos de datos aparentemente tratados con métodos y que son vacuos y vacíos. Como en el ensayo de Graña donde brilla el lugar común, tanta pedantería como ignorancia del sentido histórico-social de los intelectuales en América Latina.

Por otro lado, Gloria Cucullo intenta hacer una tipología del intelectual latinoamericano y fracasa lamentablemente al confundir sus conceptos y categorías de una región con todos los intelectuales de América Latina. Sus hipótesis sobre el intelectual son apresuradas y muy generales. "La caracterización del 'intelectual latinoamericano' a que me he referido, pone de relieve su desinterés y aun su rechazo de la industrialización como meta deseada para la evolución económica y social de sus respectivos países. Ello se combina, según esta misma caracterización, con un escepticismo hacia la tecnología moderna o bien, con una directa oposición a ella." De esta forma fracasa Gloria Cucullo en hacer su caracterización del intelectual latinoamericano.

Quizá uno de los mejores trabajos del libro sea el de Juan Marsal: "Los ensayistas socio-políticos de Argentina y México" que es un intento de investigación empírica. De su carácter preliminar y de tanteo, derivan sus principales defectos, nos dice el autor del ensayo. En efecto, su debilidad teórica y metodológica son debidas al carácter de preliminar, que tiene la investigación de Marsal.

En principio, el trabajo de Juan Marsal es pionero en este tipo de investigación; además de que se encontró con graves resistencias por parte de los intelectuales, para levantar la encuesta tanto en México como en Argentina.

Juan Marsal dice que sacó algunas conclusiones de setenta y tres entrevistas de cuatro horas cada una. Cincuenta y dos entrevistas son argentinas y veintiuna son mexicanas. El promedio de edad de los intelectuales mexicanos es de 44 años y el de los argentinos de 54 años. El 80%, tanto argentinos como mexicanos, son casados. En cuanto a los ingresos, son

superiores los de los mexicanos; su promedio es de 706 dólares mensuales, mientras que los argentinos su promedio es de 250 dólares. La mayoría de los intelectuales entrevistados se declararon no creyentes.

Otra interesante diferencia "entre los ensayistas argentinos y mexicanos, se refiere a la ocupación. La diferencia en la categoría de los que vivían de la enseñanza y la investigación no puede ser más radical: 15.4% en el caso argentino y 71.5% en el caso mexicano. El grupo de profesionales argentinos (procesionales liberales más docencia e investigación) es sólo de 46.2%, mientras que el mexicano se eleva al 81%. La dispersión entre diversas actividades ocupacionales es muy notable en el caso argentino y es muy difícil que resulte simplemente de la falta de representatividad de la muestra que manejamos".

La participación política de los intelectuales en los dos casos es alta. Y quizá en la interpretación de la ideología política de los intelectuales políticos, esté el mayor defecto del estudio de Marsal. Y el de no haber hecho más explícito el marco de referencia histórico-político de los intelectuales tanto argentinos como mexicanos. Porque como el mismo Marsal lo dice: "El intelectual no es un ser aislado, flotando libremente en la sociedad en que vive. Ésta lo condiciona y lo problematiza. El intelectual latinoamericano vive en una región del mundo en rápida erosión y decadencia, hundándose lentamente, mientras los centros del poder mundial, por el contrario, acrecientan en prosperidad. En este contexto todos los problemas son agudos y no sólo para el intelectual. El intelectual, que ya de por sí es un agudizador de problemas, no puede menos que estar en una crisis profunda y perfectamente concomitante con la del mundo latinoamericano en el que vive." Tal vez a causa de la excesiva brevedad del ensayo, Marsal sólo esboza los significados de los intelectuales políticos, que seguramente aparecerán cuando la investigación esté terminada.

*El intelectual latinoamericano* es un libro de necesaria lectura para todos aquellos interesados en problemas de sociología del conocimiento.

Gabriel Careaga

Morazè, Charles. *La lógica de la historia*. Trad. Lourdes Ortiz Sánchez. Siglo XXI editores. España, 1970. 212 pp (Teoría y crítica).

El autor es heredero de la escuela historiográfica francesa, cuya búsqueda se inicia a principios del siglo con la publicación de la *Revue de Synthèse Historique* creada por Henri Berr, a cuyo lado agrupó un conjunto de colaboradores heterogéneos, y se continúa en 1929 con la aparición de los *Annales d'histoire économique et sociale*, gracias al entendimiento de Lucien Febre y Marc Bloch, posteriormente con Fernand Braudel. Hasta el momento el autor ocupa la co-dirección de los *Annales*.

El libro *La lógica de la historia*, cuyo título el autor prefiere llamar *La imaginación y las cosas*, es una obra producto de pura teoría.

El prefacio se inicia con una experiencia personal. A partir de la Segunda Guerra Mundial, el autor descubre la Historia y descubre que una historia puede ser, fuera de lo espontáneo, algo más elaborada; reconoce que Braudel, tanto como Febre, han hecho posible la concordancia entre el pensamiento científico y la historia. Con el esclarecimiento en su desarrollo intelectual y la manera en que ahora se propone analizar la historia, propone rescatar el pasado a partir de que todo procedimiento adquirido puede ser repetido sin que se tenga que hacer el esfuerzo que requirió su invención. La posibilidad depende de las circunstancias favorables que miran hacia el juego de lo que llama "las regulaciones colectivas".

En la primera parte: "La Función de Historicidad", se avoca al problema de definir la realidad total, la realidad para él entendida como el conjunto de las articulaciones de los hombres entre sí enfrentadas a la naturaleza de donde extraen sus materiales y sus procedimientos. El lugar que ocupa el hombre dentro de la realidad total "se define menos por la continuidad vaga de sus emociones internas que por las actitudes, los gestos, las palabras extraídas de lo real, cuyo testigo, confidente o censor, es el prójimo".

Por tanto la función de historicidad es encontrar en lo colectivo, más allá de lo individual, la función común a todos, la función común a todos los procedimientos comunes.

En el segundo inciso de "La Función de Historicidad": "el acontecimiento como dato", Morazè explica que la historicidad es una función, por lo tanto puede ser aprehendida a través de lo que constituye su manifestación; los acontecimientos serán el signo objetivo, real, de la función de historicidad. Los acontecimientos van a ser pues la unidad de estudio, de unidad objetiva, el objeto de la ciencia histórica.

En la segunda parte: "La Explotación de los Posibles", en su primer inciso "los hechos memorables", señala que sólo aquellos acontecimientos que tienen repercusión más allá de lo individual, en lo colectivo, y no solamente, sino una repercusión definitiva, abierta hacia el porvenir y conservando el pasado, componen el bagaje de una historia.

"Los hechos memorables adquieren una realidad mayor cuanto dividen y enfrentan al instante del acontecimiento a un inmenso resplandor... Todo acontecimiento histórico es un hecho memorable... enseña a los hombres a superar las apariencias sensibles para llegar a una inteligencia más profunda..."

Los hechos memorables cumplen con dos funciones: bien originan un proceso acumulativo en el curso del que los acontecimientos del pasado son seleccionados racionalmente para aumentar la adecuación de lo que sirva para el porvenir o los acontecimientos memorables resumen los acuerdos de lo vivido.

Esta decisión para el autor se toma en lo imaginario y continúa así el segundo inciso: "la conquista de lo imaginario", esto es: "aquello que reside por debajo de las imágenes que lo ilustran, en las pasiones que lo suscitan y a él se ligan; estas últimas extraen su fuerza a través de las profundidades animadas del ser, en una fisiología de las funciones